

cos, que amó la sabiduría y para quien tuvo la gloria irresistibles fascinaciones, tenemos derecho para exclamar con el sabio Uribe Angel, puro orgullo de Antioquiá: Mejía fue un grande hombre.

Bogotá, Junio de 1913.

RAIMUNDO RIVAS.

Con filial cariño dedico este modesto trabajo a mi padre D. Luis G. Rivas Mejía.

RAIMUNDO RIVAS.

DATOS BIOGRAFICOS

SOBRE EL GENERAL

FRANCISCO GIRALDO

¡Los Próceres se van! Acaba de morir el General FRANCISCO GIRALDO a la edad de 93 años, después de haber llevado una vida llena de merecimientos y realizada por la virtud.

Quiere el ilustrado y justiciero Gobernador de Antioquia perpetuar la memoria de este modesto y gran patricio, entregando su nombre al eterno bronce de la imprenta, con el doble objeto de pagar así, en parte, sagrada deuda de gratitud republicana, y de que la vida y hechos del héroe muerto sirvan de estímulo y saludable ejemplo a las generaciones venideras.

Nada mejor puede hacerse en los actuales momentos históricos que exhibir un modelo de abnegación, lealtad y patriotismo como éste, para recordar a la olvidadiza generación actual cómo eran los servidores de la Patria grande. Tócanos a nosotros la grata comisión de hacer la apología de este be-

nemérito y valeroso soldado de la independencia, cosa que hacemos con todo el respeto que se debe a sus servicios y a sus cenizas, pero sin faltar en un ápice a los fueros de la verdad más respetables aún. Y al elogio del campeón de la libertad tendremos que agregar la alabanza del ciudadano sin tacha, educado en la escuela del patriotismo, y del creyente sincero, aleccionado en las luchas de la virtud; porque si es verdad que son dignas del mayor encomio las acciones distinguidas de valor en los campos de batalla, no es menos cierto que son igualmente dignas de alabanza las victorias del deber y los triunfos incruentos del bien y la rectitud.

Nació D. Francisco Giraldo y Arias en el caserío de Pavas, en Marinilla, clásica cuna de sabios y patria de héroes, el 10 de Octubre de 1804.

Fueron sus padres D. Bernardo Giraldo y Villegas y D^a Juana María Arias Gallego, miembros de una familia cristiana y modesta de aquellos tiempos coloniales. Los sentimientos religiosos que supo la Sra. Arias inculcar a su hijo, echaron raíces tan hondas en el carácter de éste que persistieron a través de las vicisitudes de más de veintiún años de campañas, y lo salvaron del contagio del vicio, pues Giraldo sacó en todas partes ilesos su honor y su dignidad. En las prácticas religiosas era estricto, y tanto que, como Bayardo, nuestro héroe se santiguaba al entrar en los más rudos combates, y quizá sea una prueba de esta su bondad nativa, engendrada por las santas creencias que le inculcó su buena madre, el hecho de que figuró en el ejército patriota, al principio de su carrera militar, como Tambor, y al fin como Abanderado en la más famosa batalla de la Guerra Magna; puestos aquellos en que quiso servir a su patria indefenso y sin causar mal a nadie, no sin grande peligro de la vida, pero demostrando con su sereno valor que lu-

chaba por el honor y no por el sanguinario placer de la venganza o del odio personal.

Después que se separó del servicio activo en 1843, se consagró a cumplir sus deberes de padre de familia cristiana, y en los últimos años lo vimos todos llevar vida de santo y morir, al fin, muerte de justo, hechos que corroboran nuestra aserción.

Y no se crea que nosotros admiramos más a Giraldo cuando nos lo pintan reposado en medio de las balas, de apuesta figura, de aspecto marcial dando las voces de mando con una gallardía y un acento varonil en que no tuvo rival, para conducir su compañía a la victoria, que cuando jorobado y viejo, humilde y humillado, lo veíamos estarse de rodillas horas enteras al pie del ara del santuario de nuestra Catedral, inclinada la frente venerable y con sólo un libro de oraciones en aquella mano vigorosa que empuñó un día la bandera triunfadora de Ayacucho. Porque si el valor guerrero fascina y entusiasma con sus mirajes, el valor cívico revela mayor grandeza de alma y deja huella de luz que nunca acaba, y perfume de virtud que dura siempre. La ambición y las pasiones se revisten, con frecuencia, con el ropaje del patriotismo, mientras que en la práctica del bien y en el cumplimiento del deber no cabe falsía, ni tiene asiento natural el engaño. La fama puede ser infame: la virtud es siempre gloriosa.

I

A la edad de diez años entró Giraldo a servir en el Ejército patriota en 1814, como Tambor, en el Batallón intitulado (no sabemos por qué) *Cons-critos de Antioquia*.

Aparte del relativo atraso de la Provincia en aquellos tiempos, se comprende que Giraldo no alcanzó a adquirir sino conocimientos elementales de

escuela, dada su corta edad. Sin duda su carrera habría sido más brillante si hubiera podido recibir el beneficio de una instrucción literaria y adecuada, siquiera fuese mediana. Sin embargo, no vaciló en poner su corazón y su brazo al servicio de las ideas republicanas que la labor lenta y perseverante de los hombres de letras, encabezados por Nariño, habían difundido muchos años antes.

Las grandes revoluciones necesitan de largos períodos de gestación.

El estallido de 1810, en que sólo se reclamaron por el pueblo de Bogotá fueros municipales, venía preparándose largo tiempo atrás al calor de los principios vulgarizados por los Próceres ilustres, de modo que la Independencia Suramericana no nació, como se ha dicho, del bofetón que dio el patriota Morales a Llorente, el chapetón, el 20 de Julio de 1810. Este altercado fue sólo una causa determinante y ocasional del movimiento de insurrección: la electricidad estaba ya acumulada en la atmósfera, y esta fue la primera chispa desprendida del cielo tempestuoso, como nuncio de la tremenda lucha que iba a comenzar.

Difundido así el fluido salvador, fue cautivando las almas hasta que en 1813 se proclamó públicamente por Nariño, el 16 de Julio, que en estas regiones andinas no se reconocía más soberano que a Dios.

Es esta la verdadera fecha de nuestra libertad, según dice la historia mejor informada hoy.

Giraldo, iniciado en estos secretos por sus amigos, comprendió fácilmente lo glorioso y grande de la empresa y abrazó con entusiasmo la causa de la libertad. Ni es de admirar que nuestro adolescente tuviera a esa edad tan precoz penetración, si tenemos en cuenta su talento natural.

Diez y nueve años después, en hoja de servicios, firmada por el Coronel Murray, decía éste en una nota:

“Sargento Mayor Francisco Giraldo: Valor, acreditado. Aplicación, mucha. *Capacidad, mucha.* Conducta muy buena.”

Tenía, pues, dotes de inteligencia sobrado suficientes para avaluar y calificar el movimiento trascendental que se bosquejaba en el horizonte de su Patria.

Sabemos que Giraldo entró a la escuela de D. Miguel de Isaza, a los seis años y que salió a los ocho con ligeras nociones de lectura, doctrina de Astete, y sin saber escribir por falta de recursos, ya que en aquel tiempo no se conocían por acá las pizarras, y valía dos reales un pliego de papel florete, único que se usaba entonces por las gentes acomodadas. En cambio el trabajo material lo había fortalecido y era listo, vivo, de suave carácter y gran caminador.

Un poco hostigado por su padrastró Sr. Betancur (*) que era un labrador bruscote y de mal genio, resolvió D. Francisco irse a la casa de sus abuelos a fin de evitar un castigo con que lo amenazó el Sr. Betancur cierto día. El no saber escribir nuestro héroe nos recuerda a Francisco Pizarro que firmaba con una cruz; y los temores que motivaron la huida de nuestro adolescente nos llevan a pensar en Belalcázar. Más de una vez nos sorprende la historia con estas analogías misteriosas entre los hombres que tienen en el mundo alguna misión que cumplir.

Las escarapelas de los voluntarios republicanos que iban de Rionegro a Marinilla, le llamaban la atención y pensó, desde entonces, hacer carrera militar y ponerse al servicio de la Patria, a la vez que librarse del trato despótico de su padrastró.

(*) D. Francisco fue hijo póstumo. D.^a Juana casó en segundas nupcias con D. Agustín Betancur.

Confesaba D. Francisco que la idea de ser libertador de su suelo natal lo entusiasmaba. Era que el pensamiento que había germinado en el corazón y en el cerebro de los prohombres de 1810, hacía su labor infiltrándose en todas las capas sociales del país. Las ideas viajan y dejan siempre huella de luz.

En Agosto de 1814, como dijimos atrás, se presentó, contando con la aprobación de su madre, en Rionegro, a los Capitanes de las milicias, D. Francisco Montoya y D. José M^a Pino, época en que era Gobernador D. Dionisio Tejada, sucesor de D. Juan del Corral. Uno de los hermanos de D. Francisco, Ignacio, estaba ya alistado en las filas patriotas que había en Rionegro, y eso animó al futuro Edecán de Córdoba a realizar su proyecto.

Allí conoció a José María Córdoba, que era entonces Cadete de unos 14 años, pero no entró en relaciones con el gallardo héroe de Ayacucho sino más tarde, porque éste marchó pronto con Montoya y Pino, sus Jefes, al Cauca a tomar parte en el famoso, aunque estéril, combate de El Palo, ganado por los patriotas a Vidaurrázaga.

D. Francisco sentó plaza de Tambor y permaneció en Rionegro aprendiendo el manejo de la caja de guerra, de donde vino a Medellín a ponerse bajo la dirección del Tambor mayor Echandía, viejo español que servía a los patriotas.

Corría el año de 1816, y en aquella época llamada *del terror* tuvo lugar la temible invasión del Jefe español Warleta, uno de los Tenientes del sanguinario Morillo, por el Nordeste de Antioquia. El Jefe patriota Linares marchó a su encuentro hasta la Ceja alta de Cancán, en donde tuvo lugar un simulacro de combate, en el cual los patriotas huyeron más bien atemorizados por los toques de cornetas y el aspecto imponente y marcial de los Dragones de Fernando VII que, montados en grandes ca-

ballos ricamente enjaezados, pusieron miedo en el corazón de nuestros sencillos campesinos que no tenían idea de semejante aparato de guerra y que iban montados en mulas y caballejos desmirriados.

Si los límites de una corta biografía lo permitieran sería esta la oportunidad de entrar a hacer curiosas consideraciones sobre el estado de la Provincia en aquella época, y algunas comparaciones entre los ejércitos enemigos; pero esto vendrá mejor en la publicación que algún día se haga sobre las memorias del General Giraldo (1).

No estuvo éste en el combate de Cancán, porque pertenecía a la Compañía del Capitán Eusebio Moreno, que salió poco después de Linares, que era el Jefe, y sólo alcanzó a llegar a Barbosa. Allí se reunió con los derrotados de Cancán, y regresó a Medellín, en desorden completo con todos ellos. En esa campaña murió su hermano D. Ignacio.

No les fue dable entrar a la capital, y pasaron por Aná y Belén a Amagá, en donde se disolvió ese puñado de patriotas que llenos de consternación, no encontraron, dada su situación, cosa mejor que hacer.

El Capitán Moreno desertó desde Itagüí, y Linares con algunos de sus adictos siguió para el Cauca, para ir después, como el Gobernador Tejada, a morir gloriosamente en ese mismo año, fusilado en Bogotá por el pacificador Morillo.

D. Francisco regresó solo a Medellín y encontró ya organizada una Junta de Gobierno, compuesta de notables partidarios de Warleta, Junta que se preparaba pomposamente a recibir al *vencedor* en Cancán.

(1) Debemos a la galantería de nuestro distinguido amigo Dr. Lisandro Restrepo, gran parte de los datos de que hemos hecho uso en estas apuntaciones. Tales datos los adquirió el Dr. Restrepo del mismo General Giraldo que era su suegro. Además hemos consultado todos los documentos históricos que nos ha sido posible. Empero no juzgamos nuestro trabajo completo del todo.

Warleta resolvió, no sabemos por qué, no entrar a Medellín y siguió por Guarne, directamente a Rionegro.

Ya D. Francisco estaba en esta ciudad hospedado en la casa del Capitán Moreno, quien lo quería como a hijo y en dónde era considerado como miembro de familia.

Como muchacho novelero se fue hasta la Mosca a conocer a Warleta, escudado Giraldo con su poca edad, pues como niño que era nadie se fijaba en él. Al tener noticia el taimado Jefe Español de que D. Francisco era uno de los patriotas que se atrevieron a oponerse a su entrada, lo hizo comparecer a su presencia, y al verlo, y después de preguntarle de dónde era, le dijo: "váyase para su casa, niño, que Ud. no sirve para nada".

El modesto adolescente se retiró avergonzado y melancólico al escuchar por primera vez el idioma del despotismo, sin soñar siquiera que en un día no lejano, al clavar la bandera republicana triunfante en la cima del Cundurcunca, demostraría lo fallido de la predicción del corifeo español.

Permaneció Giraldo trabajando en labor campestre en Marinilla al lado de su hermano Miguel, hasta principios del año de 1817 en que el Gobernador de entonces, Sánchez Lima, que era de vida alegre, resolvió formar una Banda de Música en Medellín, con aficionados criollos, y con tal fin dio orden al Jefe de Policía del Santuario, D. Agustín Arias, tío de nuestro protagonista, para que apresara a Giraldo y lo enviara a la capital con el fin de completar la orquesta áulica.

Comienza aquí la vida de prisionero de Giraldo en que incorporado en el "Escuadrón Corozal" hubo de hacer dos penosas excursiones al Chocó, al mando del Jefe José Guerrero, con el proyecto de apaciguar a los indios Cunas. Termento indeci-

ble aquél para el corazón del joven Tambor el verse obligado a formar parte, en compañía de otros antioqueños patriotas como él, de una banda de música al servicio de los enemigos de su Patria esclava.

Unas veces en Medellín, ya en Rionegro, y otras en Antioquia o Santa Rosa, lugares de la querencia de Sánchez Lima, cuyo sistema de gobierno parece se reducía a bailar y a andar en holgorios, siempre por ironía de la suerte formaba parte Giraldo, como músico en aquellas diversiones que tan mal sabían a su alma de patriota guerrero.

Qué tristemente debían resonar en su generoso corazón aquellas armonías, en los momentos en que morían fusilados en Bogotá, Caldas y Torres, y sus mismos inmediatos Jefes Linares y Tejada, y en que la Patria doliente gemía bajo el látigo de los pacificadores!

A causa de la remoción de Sánchez Lima, resolvió el sucesor de éste, Valbuena, que el "Escuadrón Real", compuesto de negros venezolanos, siguiera a Bogotá, en los primeros meses del año de 1818, y al efecto Giraldo marchó enrolado en él, por la montaña de Sonsón, guiado providencialmente así al cumplimiento de los altos destinos a que la fortuna lo conducía. Con él iban también como prisioneros, Félix Suárez, Bibiano Robledo e Ignacio Vergara, patriotas distinguidos que compartieron con él las penalidades de ese viaje, atados por el cuello con trabancos *caloteños*, y las fatigas de muchas otras campañas.

Estos tormentos del soldado desconocido cuyas proezas no alcanza a recontar la historia en el torbellino de las guerras; aquellas amarguras causadas por el hambre y el cansancio en marchas forzadas por lugares inhabitados; las torturas de los prisioneros puestos por el dios implacable de la

guerra, a merced de vencedores inhumanos; las angustias del herido abandonado y sediento en medio de un campo de muerte y desolación, cobijado sólo por las sombras de la noche; la honda pena del corazón del héroe sin nombre que recuerda en mortal agonía su lejano y empobrecido pegujal en donde quizá juegan sus hijos inocentes, viendo al morir con los ojos del alma que la miseria se acerca a su cabaña sin guardián; todo ese cúmulo de sordas desgracias que sólo el Dios de la Patria y de la Justicia mide, cuenta y pesa, traen a la mente de quien las considera dolorosa reflexión. Los mal agradecidos herederos de aquellos monumentos de bravura, resignación y valor, no alcanzamos, en esta Patria próspera y libre, a ver, ni menos a apreciar, lo valioso del legado que nos hicieron aquellos hombres oscuros para quienes no ha tenido la Patria ni un recuerdo, ni la fama un laurel.

Empero, sabemos que en esta ocasión como en otras muchas el prisionero Giraldo fue tratado con algunas consideraciones debido todo sin duda a su carácter dulce, a su simpática fisonomía y a su corta edad, aun entre aquellos desalmados llaneros que lo escoltaban entonces.

A su llegada a Bogotá fue incorporado Giraldo como Tambor, en el Batallón Tambo, comandado por el Coronel Jiménez. Este cuerpo era de lo mejor que tenía el Ejército español. De allí partió, poco tiempo después, al Valle de Tenza en persecución de los patriotas que con frecuencia aparecían por esos lados en guerrillas. Esa campaña duró hasta Julio de 1819, y Giraldo durante ese tiempo ignoraba en absoluto cuál sería la suerte de su Patria, porque le ocultaban todo lo que ocurría. Cuatro años hacía que era soldado y, ya de 15 años, no tenía ni idea de lo que era una escaramuza militar.

A fines de Julio de 1819 marchó el batallón en que estaba Giraldo, de Zipaquirá para Tunja, a auxiliar a Barreiro y por los movimientos de contramarcha que los españoles ordenaron comprendió Giraldo que algo serio había acaecido a los españoles: era nada menos que los triunfos de los patriotas, guiados por Bolívar, en Gámeza y Pantano de Vargas que fueron el prelude del de Boyacá. Giraldo no tenía ni con quién comunicar su regocijo, pues sus compañeros antioqueños habían sido enrolados en otros cuerpos, y devoraba solo las fruiciones de su alma ardiente y juvenil. De Ubaté lo hicieron marchar a Bogotá con dirección a Honda. Al llegar a Usaquén supo la derrota de Boyacá, anunciada por el estallido del parque del Aserrié, quemado por los españoles al emprender la fuga. Allí supo que el chacal español Sámano había huído aterrado *por esos cobardes*, como llamaba este sanguinario Jefe en su vergonzosa fuga a los soldados y jefes patriotas.

Al llegar a Cuatroesquinas, a inmediaciones de Bogotá, fue el batallón en que iba Giraldo sorprendido por una guerrilla de patriotas, y dispersado de modo que sólo pudieron juntarse unos pocos después del tiroteo, al mando del único oficial que les quedó, el sargento Salas. Este que era popayanejo resolvió no seguir a Honda, faltando así a la orden recibida, sino que tomó la vía de Popayán por la Mesa y Guanacas, y Giraldo instintivamente lo siguió. Sin la casual confusión de "Cuatroesquinas", es de presumir que Giraldo se habría dirigido por Honda a Antioquia, en donde es natural que hubiera muerto obscuro y desconocido después de cinco años de tormentosa vida militar, estéril para su patria y para su nombre.

Si hemos de creer en el providencialismo de Bossuet de *que el hombre se mueve y Dios lo guía*, el

hecho narrado es una prueba de esa especie de *determinismo* aceptado por el gran pensador francés.

El fracaso de "Cuatroesquinas" decidió de la suerte de Giraldo, el *marinillito* como lo llamaban los negros venezolanos, quien tomaba el camino de la gloria y se iba a convertir en héroe al dirigirse a la patria de Caldas, casi inconscientemente!

En la travesía se unieron él y sus compañeros a las fuerzas de D. Basilio García y con las de Calzada y llegaron todos juntos a Popayán, centro de refugio de los realistas, en donde el valeroso Nicolás López organizó con los restos de los derrotados de Boyacá y demás dispersos, un batallón llamado "Columna del Rey" en el cual ingresó Giraldo *siempre* como Tambor. En Septiembre de 1819 se retiraron a Pasto hostigados por las guerrillas patriotas, que surgieron al oír el mágico nombre de Bolívar después de Boyacá, y justamente alarmados con la entrega del Coronel de Húsares, Rodríguez, en San Juanito, al General Joaquín Ricaurte. La retirada a Pasto, baluarte del realismo que tanto dio que hacer al mismo Libertador, se explica perfectamente en aquellas circunstancias difíciles del Ejército español. Los patianos realistas eran terribles e indomables: por eso el Coronel Joaquín París que ocupó a Popayán en Octubre de aquel año, no pudo dar un paso adelante en persecución de los españoles.

D. Francisco hizo como verdadero forzado del Ejército español las campañas del Cauca de 1821. Estuvo en la toma de Popayán favorable a los realistas que derrotaron a Obando, Jefe de los patriotas, y asistió a la notable batalla de Pitayó, propicia a los patriotas, al mando de Valdés. Hizo igualmente la campaña de Quito, a las órdenes de González. La intrepidez de Giraldo en la primera batalla de Guachi, cerca de Ambato, el 22 de Noviembre,

le mereció el ascenso a Sargento 2.º en el Ejército español.

El 18 de Agosto de 1821 fue rescatado por Sucre, en la batalla ganada por éste a Aymerich en el campo de Yaguachí, nuestro eterno Tambor que apenas contaba 17 años. Giraldo al ver derrotados a los españoles, resolvió esconderse en un bosque, y aguardar a los vencedores a quienes consideraba como amigos. Lo tomaron como prisionero y le perdonaron la vida, y mientras Giraldo no fue reconocido por sus compañeros de armas, lo trataron más tímidamente en el pontón de Guayaquil.

En la batalla segunda de Guachi en el Ecuador, en la cual fue derrotado Sucre a causa de las imprudencias del General Mires, el 12 de Septiembre de 1821, volvió a caer Giraldo prisionero de los españoles no sin haber estado en grave peligro de ser sacrificado. Este hecho llenó de desaliento a nuestro Tambor sempiterno, que veía en su carrera un hado adverso que lo perseguía en todas partes.

Cuando las fuerzas peninsulares al mando de Tolrá hicieron, en Febrero de 1822, su retirada a Cuenca, Giraldo resolvió desertarse, cosa que verificó en el camino de Azuái y cerca del punto de Caños. Abandonó al efecto la caja de guerra en un matorral, y cansado del servicio militar y hastiado de la vida azarosa de las campañas, a pesar de que los españoles lo trataban muy bien, tomó la resolución de buscar acomodo en otro género de trabajo. El joven desilusionado se dirigió a Cuenca y después de tres días de permanencia en una casa amiga, no pudo dominar su entusiasmo por la causa republicana y se presentó a Sucre que con fuerzas de su mando ocupaba aquella ciudad.

¿Por qué, se ocurre preguntar, no se había pasado antes Giraldo al Ejército de sus simpatías? No

lo sabemos; quizá lo atemorizaba el peligro que corría estando vigente el Decreto de guerra a muerte dictado por Bolívar en Trujillo desde 1813.

Por conducto del oficial antioqueño Alzate fue llevado Giraldo a presencia de Sucre, y una vez interrogado por este magnánimo y afable Jefe, fue enviado al Estado Mayor en el cual se encontraba el Coronel Juan María Gómez, paisano suyo, quien lo enroló en el Ejército.

Giraldo luchó bravamente en los tiroteos preliminares de la trascendental y sangrienta batalla de Pichincha y fue de los soldados del "Batallón Paya", a cuya cabeza iba Córdoba, que dieron la famosa carga a la bayoneta en aquel campo inmortal, al mando del Coronel Leal, y que se cubrieron de gloria el 24 de Mayo de 1822. El egregio Sucre hizo morder el polvo allí al inepto jefe español Tolrá, y abrió campo a la homérica campaña del Sur. Giraldo que había rehusado seguir de Tambor peleó ya con fusil, y tomó entonces aspecto de verdadero soldado de la Independencia. Fue nombrado Sargento del Batallón Pichincha, antiguo Paya, que desde aquella jornada cambió este nombre por aquél.

A consecuencia de los triunfos de Bomboná y Pichincha se celebró la capitulación de Berruecos en que D. Basilio García, jefe español, se rindió a Bolívar, y así pudo el Libertador verificar su paso a Quito. En Otavalo conoció por primera vez nuestro Sargento a Bolívar. Ya había tratado a Córdoba que en Pichincha fue Coronel del Cuerpo en que estaba Giraldo.

De Quito marchó a Guayaquil después que el Batallón "Pichincha" que mandaba Leal, y el "Magdalena" comandado por Córdoba se reunieron para

formar un solo Cuerpo al mando de Leal. Principian aquí las largas campañas de nuestro héroe. (1)

En Julio de 1822 llegó Giraldo a Guayaquil en el Ejército libertador. Allí conoció al Protector Sanmartín que venía a conferenciar con Bolívar sobre la libertad del Perú. De aquella entrevista de los dos titanes libertadores de Suramérica surgió entre otras, la determinación de formar la "División auxiliar" compuesta de varios cuerpos, entre ellos el Pichincha a que pertenecía Giraldo. Al efecto la División marchó para al Callao al mando en jefe del General Valdés y de los Coroneles Córdoba y Lara.

Después de corta residencia de Giraldo en el Perú volvió a Guayaquil en la "División auxiliar" a principios del año de 1823. En Abril de este año regresó esta División, considerablemente aumentada, al Callao, a formar parte del Ejército unido libertador del Perú, al mando del General Sucre. Del Callao, por el puerto de Chala pasó a Arequipa. En el curso de esta campaña, en el mes de Octubre, fue nombrado Giraldo, en Huarás, abanderado de su Batallón con el grado de Subteniente, hecho por Bolívar (2).

Giraldo no alcanzó a tomar parte en la gloriosa batalla de Junín porque cuando el Batallón Pichincha llegó a la colina que dominaba el campo, ya el ejército español estaba derrotado. Al verlos

(1) El Sr. Aureliano Jaramillo F., grande admirador de Giraldo y autor de importantes trabajos sobre este Prócer, dice en uno de sus escritos: "Seis veces pasó (Giraldo) por el gran Chimborazo: cuatro, agobiado y triste bajo el peso del fusil ibero; y dos, llevando sobre sus hombros el asta de la bandera tricolor".

(2) Copia del honroso nombramiento de Abanderado se verá al fin de este escrito. Las firmas de Bolívar y Sucre puestas al pie, el 21 de Mayo de 1824, son un timbre de honor para Giraldo. De éste como de otros documentos y objetos de valor histórico ha venido a ser heredero el "Museo de Zea" en donde los cuida con esmero el Coronel D. Martín Gómez. Publicamos también otros documentos de los que hemos podido hallar entre el polvo de los archivos, no sin lamentar que no estén todos los que se refieren a la larga carrera militar de nuestro biografiado.

llegar, Bolívar se dirigió a Córdoba y le dijo estas palabras que oyó Giraldo: "Me han derrotado la caballería!" Se refería sin duda el Libertador a la parte del cuerpo patriota que por haber perdido la formación fue destrozado en aquel combate en que no hubo un tiro de fusil: el sable y la lanza campearon en aquel duelo a muerte.

A Giraldo lo condecoraron con el escudo de Junín porque indirectamente contribuyó, con la acción de presencia, a aquel triunfo trasmontando con "El Pichincha" la cordillera, a marchas forzadas, travesía penosa y mortífera, pero que hicieron valerosamente.

Giraldo recordaba con entusiasmo la elocuentísima arenga militar de Bolívar, en las inmediaciones del cerro de Pasco, antes de Junín, discurso lleno de fuego que electrizó el ejército allí reunido, por aquel rayo de la guerra.

Cuando el Coronel Medina llevó a Sucre la orden de Bolívar para presentar combate a los españoles, ya Giraldo empuñaba la bandera del Ejército unido, precisamente en vísperas de la homérica batalla de Ayacucho. Al estudiar los detalles de este hecho de armas nos recuerda Sucre, con su previsión y táctica, y sobre todo por su mirada de águila al elegir aquel campo para la cita sangrienta, a Napoleón en Marengo. "Aquí, dijo Sucre, aquí los aguardo y los venceré". Y lo cumplió: porque este Jefe republicano, aparte de su genio, contaba con el arrojo de sus soldados. Allí Giraldo hizo prodigios de valor. La primera bandera que tremoló, apedazada pero victoriosa en la cima del Cundurcunca, fue la de nuestro Sub-Teniente abandonado!

Dos hijos de esta nuestra tierra querida se encargaron en aquella batalla colosal de legitimar la energía de nuestra raza y de inmortalizar sus

nombres y el de la tierra que los vio nacer: Córdoba con el sublime grito de *paso de vencedores*, y Giraldo al mostrar cómo cumple un soldado valeroso las órdenes inusitadas y audaces de su Jefe, clavando primero que ningún otro valiente el pendón de la libertad sobre las heladas cumbres de aquel campo de muerte!

Cuando Giraldo seguía en persecución del enemigo en Ayacucho, topó con el Virrey Laserna, que disfrazado con una ruana de caucho negra y un gorro de seda negro también, decía, para defenderse de los soldados del Voltijeros que prisionero lo llevaban, que era el Capellán del Ejército español. Giraldo temió que ultrajaran a Laserna, porque comprendió que los soldados conocían que era el Virrey, y tomó precauciones para defenderlo. Cuando Fernández dio al Virrey el cobarde machetazo, no estaba presente ya Giraldo. Sabemos que éste calificó de vil aquella innoble acción de su segundo Jefe. Después de terminada la batalla, al regresar al campamento tomó Giraldo prisionero a un oficial español. Un negro de la caballería republicana quiso matar al rendido y Giraldo lo defendió con energía; y para salvar a su prisionero en esos momentos de furor, resolvió cambiar con el oficial el sombrero elástico, con cinta tricolor, que distinguía a los independientes, por el del español que era de Vicuña: acto de arrojo casi imprudente en aquellos momentos, pero que hace acreedor a Giraldo al dictado de héroe por su magnanimidad y valor, condiciones sin las cuales no hay heroicidad. A no ser porque la bandera de los libres, que en aquellos instantes flotaba sobre la cabeza del hermoso joven y lo escudaba, lo pasara muy mal el imberbe protector.

Entró Giraldo triunfante y de los primeros a Cuzco, antigua capital de los desventurados incas,

con su Compañía, en el mes de Enero de 1825, y en Febrero del mismo año entró a la Paz, y presencié en estas ciudades las ovaciones que se hicieron a Sucre, y oyó los bellos discursos que pronunció entonces aquel gran caudillo.

Datan de esta época las relaciones íntimas entre José María Córdoba y Giraldo, amistad que los unió hasta la muerte, y que da la clave de cierto hecho histórico de nuestras civiles guerras suicidas, y del cual no quisiéramos acordarnos por honor de nuestro biografiado.

Giraldo trató por primera vez a Córdoba en la campaña del Ecuador, cerca de Ambato, cuando el Ejército patriota se movía de Cuenca a Quito, poco antes de la batalla de Pichincha. Desde entonces el héroe de Ayacucho lo miraba con predilección, pero nada había hecho en favor de éste hasta aquella época.

Estando en la Paz, después de Ayacucho, Córdoba habló al Coronel Leal, Jefe del Pichincha, para que hiciera un ascenso a Giraldo que estaba de Alférez y que sólo había sido mejorado con dejar el puesto de Abanderado y ser colocado en la Compañía de *Cazadores*, cuerpo distinguidísimo en el Ejército por su lealtad y bravura.

Córdoba, en Octubre de aquel año, envió a Giraldo para Cuzco a desempeñar una comisión que consistía en hacerle preparar unos ricos vestidos militares en aquella ciudad, y Giraldo desempeñó en pocos meses tan bien su encargo que Córdoba resolvió nombrarlo su Edecán.

Como Giraldo fue a Cuzco muy recomendado al Gobernador Gamarra, por Córdoba, y además manejaba dinero en abundancia y era gallardo, de aspecto marcial y buen mozo (sin contar aquello de que "siempre brilla hermoso el vencedor"), se relacionó muy bien en Cuzco con familias dis-

tinguidas, y como es natural tuvo sus amorfos con una preciosa joven hija de una viuda distinguida. Por manera que los tres meses que estuvo nuestro Tambor de marras en la capital indígena formaron un paréntesis idílico que fue interrumpido por las exigencias de la guerra, no sin hondo pesar del Abanderado de Ayacucho. A su regreso encontró a Córdoba en el Alto Perú, en la ciudad de Cochabamba, punto en que principia la vida de Edecán de nuestro Prócer.

Girardo no sabía escribir y este arte era indispensable para ser Edecán de un jefe como el Aquiles antioqueño; resolvieron que aprendería con el Capitán Silva que fue nombrado su maestro y de once oficiales más, durante aquella tregua de los lidiadores republicanos. La primera muestra que le pusieron encerraba un pensamiento cristiano y filosófico que se grabó indeleblemente en la memoria de Girardo y que, según él, le sirvió de norma en el resto de su vida. D. Francisco lo recitaba en esta forma: "No es tanta la alegría de un capitán victorioso y enriquecido con los despojos de sus enemigos, como lo será el haber cumplido con los mandamientos de su Dios y Señor." Girardo aprendió a escribir bastante bien desde entonces.

De Cochabamba pasó a la Paz y allí presencié la entrada de Bolívar, oyó las admirables arengas que surgían de aquella "cabeza de las maravillas." Vio la corona que regalaron allí al Libertador y que éste colocó sobre las sienes del héroe de Ayacucho. Es la misma que Córdoba regaló a Rionegro. Cochabamba fue una verdadera Capua para Girardo, en cuanto puede esto decirse tratándose de un hombre de tan severas costumbres como él a quien Córdoba dio algún día el honroso apodo de *Catón*. Siendo la vida militar tan ocasionada a sin-

sabores y penalidades ¿no serán permitidas al soldado valeroso algunas horas de distracción? Allí recibió Giraldo, como gratificación del Gobierno del Perú, \$ 2,000, de los cuales prestó a Córdoba la mitad, y la otra la empleó en comprar ricos vestidos de militar.

De Cochabamba pasó a Chuquisaca, capital de Bolivia en donde asistía, como Edecán de Córdoba, dos veces por semana a la mesa de Sucre que reunía en su casa los más notables personajes de la ciudad. En la noche del 31 de Diciembre de 1826 concurrió al espléndido baile con que obsequió Sucre en aquella Capital a sus conmlitones para darles el año nuevo, no sin zozobra a causa de los rumores de revolución, propalados por sus enemigos, pues Sucre debía apurar primero que el Libertador la copa del desengaño que prepara siempre la ingratitud a los redentores de los pueblos.

El General Córdoba era quien mandaba en Bolivia la 2ª División auxiliar de Colombia, y es de suponerse que nuestro Edecán participaría en mucho de las distinciones y festejos de su gallardo Jefe.

Después de pasear Giraldo, acompañando a Córdoba, por varias ciudades de Bolivia, hubo de marchar para Lima por orden de Sucre a quien pedía el falso Bustamante un jefe para su División. Allí fueron atendidos con mil demostraciones de cordialidad por el hipócrita Santa Cruz.

A principios del año de 1827 resolvió Córdoba regresar a su patria a responder del cargo de homicidio que se le hacía en los Tribunales de Colombia, y al efecto partió de Lima con dirección a Guayaquil a donde llegó en el mes de Abril. En el buque que lo condujo de Lima lo acompañaban Giraldo, el joven Fominaya, nombrado su segundo Edecán, varios de los Oficiales rebeldes de Busta-

mante, el Coronel Ramón Espinoza y la célebre Doña Manuela Sáenz. Aseguraba Giraldo, que las impertinencias de esta señora, y su manera de ser para con Córdoba en la travesía fueron causa de algunos desaires de parte del General, todo lo cual motivó la enemistad que reinó después entre los dos, y que tan fanesta fue, en el andar de los tiempos, al héroe de Ayacucho.

A causa de la situación del país en aquella época, Córdoba tuvo que entrar a Colombia subrepticamente, por manera que el viaje desde la Isla de Puna, hasta Quito a donde llegaron a mediados del año el General y Giraldo, fue algo así como el paso de los Alpes. Algunos recursos de víveres les enviaron de Guayaquil a Puna, antes de partir, y como el catoniano Giraldo viese que les habían mandado varios barriles de brandy, resolvió cambiar uno de éstos por un *tercio de papas*, sin reato de conciencia. Este rasgo de ecuanimidad en un militar hace por sí solo la apología de nuestro héroe en lo relativo a costumbres.

Veinte días estuvieron en Quito en casa del rico hacendado Coronel Aguirre. Allí llegó por ese tiempo el General Obando, y como fuese a visitar a Córdoba, Giraldo tuvo ocasión de conocer este notable caudillo. De Quito siguieron para Popayán, y de allí siguió Córdoba para Bogotá, y Giraldo se quedó enfermo en aquella ciudad.

Una vez repuesto se vino a Marinilla después de once años de ausencia de su patria, y tuvo el gusto de encontrar viva a su madre D^a Juana. Rodeado de una gran comitiva estaba D. Francisco en Rionegro, de paso para Maranilla, ricamente vestido y lleno de atenciones de la nobleza rionegrera cuando vió a su madre por primera vez, después de su partida, e instantáneamente corrió el Abanderado de Ayacucho y se arrodilló y pidió la

bendición a los pies de D^a Juana, quien por esa acción pudo conocerlo, pues no se imaginaba ella, en su sencillez, que los niños se volvieran héroes tan pronto. Los distinguidos caballeros que presenciaron aquel acto de cariño filial y de humildad cristiana se miraban unos a otros en silencio y enternecidos.

De Marinilla vino Giraldo a Medellín con el objeto de presentarse al Comandante General de la Provincia, Francisco Urdaneta. Era ya Giraldo Capitán graduado. Se hospedó en Medellín, en la casa de D. Salvador Gómez y de su esposa D^a Mariana Restrepo (sobrina del integérrimo Félix de Restrepo). Más tarde fueron aquéllos los suegros de Giraldo por haberse éste casado con D^a Sixta Gómez, hija del matrimonio mencionado.

A principios de 1828 regresó Córdoba a Medellín, en compañía del 2.^o Edecán Fominaya y entonces volvió Giraldo a ocupar su puesto de primer Edecán. Un mes después de permanecer el General en Medellín emprendió de nuevo viaje para la Capital y lo acompañaron Giraldo, Fominaya y D. Manuel A. Jaramillo. Este iba a la célebre Convención de Ocaña.

Giraldo era decidido boliviano entonces, como lo era Córdoba, a pesar de las sugerencias de Carujo, y Giraldo atestiguaba haber oído la aplaudida arenga de Córdoba en Bogotá, en Junio de 1828, en favor de la dictadura de Bolívar, poco antes de entrar el Libertador en la Capital. Giraldo no tomó parte alguna en la parricida conspiración del 25 de Septiembre, página sombría de nuestra historia. Aseguraba con insistencia siempre, que Córdoba no había participado, en lo más mínimo, de aquella conspiración, y se indignaba cuando oía repetir las calumnias que la envidia tramó entonces contra el León de Ayacucho.

De visita en la casa de unas Sras. Cuervos se hallaba Giraldo la noche del 25, y al oír las detonaciones regresó a su casa, frente al Colegio del Rosario, en donde encontró a Córdoba profundamente dormido. Ambos ignoraban lo que estaba pasando en esos momentos. Después de salir a caballo Córdoba, aquella noche, y creyendo que el Libertador estaba preso, resolvió retirarse a una hacienda de Fucha, y Giraldo se quedó en la casa por orden del General. Aquella noche, como se asomase Giraldo a averiguar qué había, fue atacado por el Jefe del Granaderos, quien en el momento de herirlo reconoció a Giraldo, suspendió la agresión y siguió sin decirle una palabra. Al día siguiente volvió Córdoba a Bogotá y fue nombrado Ministro de la Guerra; hizo montar en uno de sus caballos a Giraldo, y éste se ocupó todo el día en transmitir órdenes, por lo cual hubo de soportar el apodo de farolero con que lo motejaban los descontentos.

A causa de la revolución encabezada por Obando y López en el Timbío, Bolívar mandó organizar una expedición para someterlos, y nombró a Córdoba como Jefe, y éste encargó a Giraldo para que fuera a Mompox a dar la orden de poner en movimiento el Batallón Carabobo, comisión que desempeñó el leal Edecán con una rapidez y exactitud admirables, a pesar de haber tenido que navegar el Magdalena, en canoa. Córdoba tenía tal confianza en Giraldo que casi siempre le confiaba las más delicadas operaciones relacionadas con su empleo. A su regreso a Bogotá encontró a Córdoba ya de marcha para la Plata, y al efecto siguió con él atravesando de nuevo la montaña de Guanacas por el mismo camino que en 1819 atravesó Giraldo fugitivo.

En Febrero de 1829 partió Giraldo de Popa-

yán para Pasto en donde se quedó Córdoba como Jefe de una parte de las fuerzas republicanas, mientras el Libertador seguía para Quito con el resto. En el paso del río Mayo, por un incidente casual tuvo Giraldo ocasión de cruzar algunas palabras amistosas con el Libertador. Decía Giraldo que en esa campaña había notado que Bolívar vivía sobresaltado y temeroso de que lo asesinaran, y que observó en Córdoba cierto cambio respecto del Libertador al cual parecía haber perdido el cariño que antes le profesaba.

El Jefe de Estado Mayor de las fuerzas acantonadas en Pasto era el General T. C. Mosquera, quien, así como Obando y López, tenía con Córdoba algunas relaciones. Principiaba a levantar la cabeza la hidra de la emulación ambiciosa, y Giraldo confesaba ingenuamente que él mismo se sentía ya un poco *dañado*. Así son arrastrados muchas veces funestamente los hombres a lamentables desatinos, a pesar de sus buenas intenciones, por corifeos que extraviados empujan en horas de tinieblas a sus adictos para hundirse con ellos en el abismo. "Si un ciego guía a otro ciego, ambos van al precipicio", dice la máxima evangélica.

De Pasto regresó a Popayán, cuando Córdoba fue nombrado Comandante General del Cauca. En esta ciudad fue donde obtuvo Córdoba el nombramiento de Ministro de Marina, según afirmaba Giraldo, agregando que Córdoba, predispuesto y ya mucho contra el Libertador, recibió mal la afectuosa carta en que Bolívar le comunicaba el nombramiento, diciéndole que se fuera a Bogotá a servir y a *amar*, aludiendo en esto último, sin duda, cariñosamente a ciertos amores del General con una inglesita de la Sabana. Si hemos de creer en la relación sincera y franca de Giraldo, no fue el nombramiento de Ministro de Marina lo que causó

la herida del León de Ayacucho, herida que había de impulsarlo a un triste fin en el camino de la rebeldía. Córdoba estaba ya resuelto a hacer la guerra al *Tirano* (!) cuando se le notificó aquel nombramiento, a la verdad inadecuado para un hombre de su clase.

A fines de Agosto resolvió éste venirse para Antioquia y Giraldo lo acompañó. Venía el General irritado con el Libertador, y decía Giraldo que hablaba contra Bolívar, en el camino, hasta con los arrieros. Aquel astro de primera magnitud en el cielo de la patria se había salido de su órbita, y enloquecido y errante, hacía esfuerzos en el vacío arrastrando en su caída a algunos de sus Tenientes. Giraldo participaba, como es natural, de las ideas de su Jefe, error que lamentaba en su vejez, vertiendo lágrimas de arrepentimiento doloroso y loable, pero tardío!

Llegaron a Rionegro, a la casa de D^a Pascuala Muñoz, madre del General, que vivía en la plaza principal, en la noche del 7 de Septiembre de 1829.

Al día siguiente de su llegada a Rionegro se casaba el distinguido caballero Dr. Jorge Gutiérrez de Lara con la Sra. Estanislaa Sáenz, hija de D. Pedro, persona muy notable por su posición y riqueza. Al baile de boda fue convidado Córdoba y con él asistió Giraldo. Concurrieron también el Coronel Salvador Córdoba y D. Manuel A. Jaramillo. En los brindis del ambigú se declararon casi todos los concurrentes enemigos del Gobierno del Libertador, y hubo de todo aquello que es natural cuando los asuntos más graves se tratan al ruido siniestro de las copas en momentos de exaltación política, pasión que embriaga como el vino.

Al día siguiente D. Juan de Dios Aranzazu, D. Braulio Mejía y D. Juan A. Montoya supieron

Lo ocurrido, y comprendiendo la imprudencia del paso que iba a dar el General, lo amonestaron para que desistiera. ¡Noble labor la de aquellos grandes patriotas! Córdoba cedió a las juiciosas observaciones de aquellos amigos distinguidos, y después de terminada la conferencia dijo a Giraldo que se fuera para Marinilla, que ya nada haría contra el Gobierno de Bolívar. Pocas horas después llamó a Giraldo, que estaba acostado, y le dijo que se levantara porque sabía por el Sr. Francisco Carrasquilla, que acababa de llegar de Medellín, que Urdaneta iba a amarrarlo, y que él (Córdoba) no era hombre de dejarse amarrar. Hecho lamentable que parece preparado por un destino fatal!

Sin la precipitación de Urdaneta que fue azuzado por falsos amigos de Córdoba, este grande hijo de Antioquia no se habría lanzado en el quimérico proyecto, empujado por cómplices e intrigantes nefandos.....

Lo que sucedió después la Historia lo dirá. Hasta aquí no más hemos acompañado cariñosamente a nuestro héroe. Giraldo herido en el Santuario tuvo que presenciar la muerte dolorosa de su Jefe querido, muerto sin gloria a manos de un vil asesino: allí el epílogo sombrío de toda una vida de abnegación y sacrificios!

La obra de la anarquía continuaba su labor sorda y demoledora. La alborada tan hermosa de 1810 iba a tornarse en noche oscura y tormentosa para Colombia, y la discordia de todos se preparaba a castigar la soberbia de unos pocos. A los himnos de gratitud y de alborozo del triunfo, iba a seguir esta *danza macabra* de las revoluciones intestinas, de las discordias civiles, que han anegado en sangre y cubierto de ruinas la Nación infortunada, desde hace 70 años. El hombre más grande de

América, superior a Foción y a Aníbal y quizá a Washington y a Bonaparte, moría poco después de tristeza, abandonado en la orilla del mar Caribe, único confidente de sus dolores inmensos, último testigo de su amargura infinita !

D. Francisco Giraldo no era hombre observador, que a haberlo sido, la relación de sus largas campañas en 21 años de servicios habría sido, a la verdad, interesantísima, contada por él. Hombre sumamente modesto era casi imposible conseguir que dijera nada que pudiera favorecerlo. No se preocupaba sino por el bien ajeno, por el bien de su patria, y, últimamente, por la salvación de su alma. Fue condecorado con las medallas de Ayacucho y Pichincha y con el escudo de Junín, preseas que exhibía en su pecho nobilísimo en los grandes aniversarios de la patria.

Aunque desde el Santuario se afilió en el partido conservador y militó en su favor en 1860 y 1876, D. Francisco gozaba de consideraciones muy grandes de todos los Gobernantes de Antioquia, que a porfía se complacían en tributarle honores en sus últimos años, sin distinción de colores políticos. En 1883 el Gobierno de D. Luciano Restrepo lo nombró General de las Milicias del Estado, y en 1884 el mismo Gobierno le hizo una verdadera ovación el 20 de Julio. Nuestro amigo el Dr. Luis E. Villegas, en aquella época describía a D. Francisco en una hermosa página, gráficamente así:

“Lector: si al discurrir por las calles de Medellín dieres con un venerable anciano, de pequeña estatura, como de hasta ochenta años, pobre pero muy pulcramente vestido, de espaldas notablemente gibadas, con la cabeza inclinada hacia el lado derecho y con las manos invariablemente enlazadas por detrás y bajo las faldas de la levita, despeja la acera y descúbrete con respeto, que ese

hombre es el General Francisco Giraldo y está condecorado con las medallas de los vencedores en Pichincha, Junín y Ayacucho. Si te fijas un poco notarás que la actual fisonomía debió corresponder en los verdes años de la vida a un joven grandemente hermoso y apuesto, de cutis blanco, arrebolado por abundante caudal de sangre, imberbe, de ojos azules y de cabellos castaños. El tiempo lo ha gastado, pero no ha destruido las buenas partes físicas de este gentil soldado. Lo hermoso se ha convertido en noble; lo altivo se ha tornado en simpático. Las celestes líneas de la belleza, torturadas por los años, han cedido hasta el punto que tras ese exterior afable te costará trabajo encontrar al arrogante militar de otra época. El abuelo ha eclipsado físicamente al héroe. No importa: bajo ese pecho hundido late todavía con el vigor de los veinticinco años el corazón del Edecán del león de Ayacucho, del inmortal José María Córdoba.”

En la fecha de su muerte desempeñaba un destino honorífico militar con que el Gobernador de Antioquia quiso honrarlo y proporcionarle con qué atender a su subsistencia.

D. Francisco fue algo más que Edecán de Córdoba; fue su amigo y confidente y acompañó al héroe hasta la muerte. Juntos compartieron las penalidades de cien campañas; un mismo manto de gloria los cubrió victoriosos en los campos de batalla en la guerra de emancipación y hubieron de paladear juntos las amarguras de un mismo infortunio. Hoy duermen el sueño eterno, no distantes uno de otro, para vivir perpetuamente unidos en el corazón agradecido de sus conciudadanos y admiradores.

—Pínteme Ud. cual he sido, creemos que nos diría hoy el virtuoso General Giraldo si aún viviera, y a la verdad no podría darse mejor consejo al

biógrafo que tiene delante de sí una tan larga vida como la suya llena de méritos para describir, y un personaje que, como D. Francisco Giraldo, tenga tan poco qué censurársele.

La historia del General Giraldo, como hombre sin miedo y de fe, puede reducirse a dos páginas brillantes ambas pero iluminadas con distinta luz: en la primera figura el héroe guerrero, enamorado de la libertad en lidia porfiada y tenaz, que dedica la mitad más bella de su vida al servicio de la patria, trabajo éste de abnegación y sacrificio en bien de sus conciudadanos y de la tierra que le vio nacer; en la segunda página admiramos al héroe cristiano, enamorado de la santidad, que busca en la práctica de la virtud el camino de la perfección en bien de su alma para conquistar el cielo, y dejar así laudable ejemplo de virtud a la tierra que lo vio morir. La simpática figura del abnegado patriota se destaca en la primera etapa de su existencia a la luz rojiza del fognazo del cañón, envuelta en la bandera gloriosa y triunfadora de la Guerra Magna, figura que se ve más radiante al través del humo de las batallas y que el tiempo y la gratitud se han encargado de agrandar. La severa figura del cristiano humilde se destaca imponente y serena, en la segunda jornada de su vida, al claro resplandor de la aureola de la virtud y a la sombra de la Cruz, a que el sueño de la muerte presta hoy mirajes de inmortalidad. D. Francisco Giraldo fue dos veces héroe, porque fue dos veces vencedor. ¡Loor eterno a su memoria!

JANUARIO HENAO.